



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

12 – La misión del capitán Jamr

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

12 – La misión del capitán Jamr



El narrador siguió contando a los oyentes la historia de los musulmanes cautivos en Yânisa...

... El rey El-Sâleh concedió hospitalidad al cautivo durante tres días; al cuarto, lo convocó al Consejo, le colmó de favores y le dio permiso para marcharse. Una vez que se hubo ido, el rey perdió conciencia del mundo

de aquí abajo y se sumió en la contemplación de las cosas celestes. Al cabo de media hora, volvió en sí, proclamando con voz tonante:

- Bienaventurados los que proclaman “¡No hay más Dios que Dios, y nuestro señor Muhammad es el profeta de Dios!” Por cierto, cadí –añadió volviéndose hacia este último– ¿No conocerás tú, por casualidad, a ese rey de Yânisa?

- Perdón, señor: Yo no le conozco, oh, servidor de los Santos Lugares. Lo único que sé, de haberlo oído por ahí, es que reina en un país lejano, en los confines de la India.

- ¿Se puede llegar hasta allí por tierra? –preguntó el rey.

- Perdón, señor. Parte del camino se ha de hacer por tierra, y otra, por mar.

- Pues bien –continuó el rey–, ¡yo, el más ínfimo de los suplicantes, le pido a Dios que haga perecer descuartizado al que está en el origen de este asunto, y que sus miembros sean arrojados a la hoguera! ¡Que los que aman al Profeta digan “Amén”!

- Amén –replicaron a coro todos los asistentes.

- Amón, murmuró el cadí bajando la cabeza.

- Visir –le dijo entonces el rey–, para hacer el viaje por mar necesitaremos navíos; navíos que nosotros no tenemos... Pero acabo de tener una idea; pidamos ayuda al sultán de las montañas; al capitán Jamr El-Afjar¹, hijo de Lahab, el señor del castillo de Sahyûn²: sólo el hierro puede vencer al hierro.

- Una excelente idea, mi señor. Ese es justo el hombre que se necesita para llevar esta misión a buen puerto.

¹ Se trata del “sultán”, en realidad el jefe habitual de los Ismailíes. Aún no ha aparecido en persona en esta saga, pero se ha hecho alusión a él en numerosas ocasiones. El rango de “capitán” que llevan todos los jefes Ismailíes designaba en la época otomana y antes, al que detentaba un poder de hecho entre los rangos locales.

² Las ruinas del castillo de [Sahyûn](#) (el Fuerte Saône de los Cruzados) aún existen en las montañas por encima de Lataquieh, al norte de Siria.

- ¡Muy bien! Visir, vas a escribirle una carta en mi nombre diciéndole tal y tal cosa. [Veremos más adelante el contenido de ese mensaje]

Y el visir redactó la misiva y se la pasó al rey para que pusiera su sello y rúbrica.

- Y visir, cuando hayas acabado, dime, ¿a quién confiaríamos este mensaje?

- Efendem, al *altchi*¹ del reino, a Mohammad Ibn Bazdaghân.

- ¡Que no, Shâhîn! No, hermano; vas a ir tú en persona; le transmitirás mis más amistosos saludos al capitán Jamr, y le dirás: “Tu hermano, el rey El-Sâleh te saluda y te felicita por las bienaventuranzas con las que Dios te ha colmado”. Y luego le entregarás este bonete y le dirás: “Tu hermano El-Sâleh me ha pedido que te diga que te pongas este bonete cada vez que te encuentres en dificultades”.

Dicho esto, El-Sâleh sacó de su bolsa un bonete trenzado con hojas de palma. El visir se levantó, cogió la carta y se marchó a hacer los preparativos y arreglar sus asuntos. En cuanto al cadí, al ver que su plan había fracasado, a punto estuvo de morir de rabia.

Al día siguiente, el visir, una vez acabadas todas sus providencias, hizo desplegar los estandartes, reunió una pequeña escolta, se montó en su cabalgadura –una espléndida bestia, como hay pocas– y se puso en ruta. Una etapa tras otra, sin demorarse un punto, pronto se encontró cerca del castillo de Sahyûn. Unos hombres del capitán Jamr vinieron a su encuentro, y el visir les informó que era portador de un mensaje del rey para su jefe. Los hombres se adelantaron para informar a Jamr:

- Hay ahí un *jawand*² que viene de la casa del rey Sâleh con una carta –le dijeron.

- ¡Bienvenido sea el enviado del servidor de los Santos Lugares! –respondió Jamr.

Y el narrador prosiguió de esta manera...

Nobles señores, sabed que Jamr tenía dos hijos: el mayor se llamaba Ismaïl, y el pequeño, Maarûf. También tenía un lugarteniente, el jefe de sus hombres de confianza, que, según algunos, era uno de sus parientes; se llamaba Darrâj el Sordo, hijo de Hawlâ, señor del castillo de Mudarraç. En ausencia de Jamr, Darrâj era el que se quedaba al mando, y todos tenían que prestarle obediencia.

Así que Jamr les ordenó que montaran en sus cabalgaduras y fueran al encuentro del visir Shâhîn. Éste llegó a la puerta del castillo en medio de vivas y aclamaciones; allí, bajó de su caballo y fue a presentarse ante el capitán Jamr. Impresionado por la dignidad que emanaba de este personaje, le saludó respetuosamente; a su vez, el capitán Jamr le dio la bienvenida e hizo que se sentara a su lado.

¹ En turco: “embajador, mensajero oficial”. Ahmad Ibn Bazdaghân ha aparecido ya en esta saga en numerosas ocasiones, con esa función (ver sobre todo *Las infancias de Baïbars*).

² “Señor, príncipe”, título turco-persa; ese término pertenece sobre todo a la lengua de los Ismailíes. Estos, se suelen expresar en el dialecto de las regiones rurales y montañosas de Siria, pero a veces, suelen usar un registro más refinado, semejante al de Baïbars, o al de Shâhîn.

- ¡Pues sí, querido visir, echamos mucho e menos al picaruelo'l Sâleh! ¡Anda, dame'sa carta, *jawand*, dame!

El visir sacó la carta de su bolsa y se la entregó al capitán Jamr, que la cogió, la abrió y leyó lo siguiente:

“De El-Sâleh Ayyub El Nachmi a nuestro hermano en el Islam, Jamr, descendiente del Combatiente por Dios, sultán de los hijos de Ismaïl¹.

Antes que nada, que la paz sea contigo, la misericordia de Dios y Sus bendiciones.

Y a continuación, te hacemos saber que en la ciudad de Yânisa Dhât El-Qashâfîn hay un jefe cristiano, llamado babb Abd El-Salîb, que ha apresado y mantiene en su reino a doce mil cautivos musulmanes, con el propósito de degollarlos la noche del Viernes Santo. Por ello, venimos a rogar a tu señoría que vaya a socorrerlos y arrancarles de su cautiverio. Dios compensará tus esfuerzos y penalidades.

Además, hemos confiado al portador de esta misiva un regalo destinado a ti únicamente: es un bonete de hojas de palma trenzadas. Cógelo, pues te será útil: si en el transcurso de una batalla te encuentras en dificultades, pónelo, pues, por la gracia de los nombres de Dios, ninguna desgracia podrá sucederte. Saludos.”

- ¡Escuchio y obidicemos a Dios! –dijo Jamr esbozando una amplia sonrisa– Cércame'l regalo, *jawand*.

El visir sacó el bonete de su bolsa y se lo entregó a Jamr, que lo cogió.

- En ahora, llivarne al visir al aposento de los invitados –dijo a sus sirvientes.

Instalado en la estancia más hermosa de todo el castillo, el visir aprovechó unos cuantos días de la hospitalidad de Jamr, tras lo cual, fue a pedirle permiso para marcharse. Provisto de una carta para el rey, se puso en marcha y regresó al Cairo. En cuanto llegó se presentó ante el rey El-Sâleh Ayyub, al que entregó la carta del capitán Jamr, y tras los saludos y cortesías al uso; el rey cogió la carta y la leyó:

“Yo besamos bien las manos a nuestro hermano el buen camarada El-Sâleh,

Hermano, si Dios quiere, el asunto, dalo por hecho. No ti hagamos mala sangre por ese maldito cabrón, y espera que yo vayamos a revintarle la panza. Y luego, si Dios quiere, Él que todo lo sabe, yo no volveré hasta que todos los de Yânisa se hayan convertido en buenos musulmanes, proclamando la unicidad de nuestro Señor omnisciente. Sólo yo te vamos a pedir una cosa, mi querido muchacho Sâleh; yo te pidimos de rezar bien por nosotros, pues tú estás como un validor a la puerta de Dios.”

Después de leer la carta, el rostro del rey se tornó radiante de alegría, y se sintió aliviado de un gran peso.

- ¡Escucha un poco, cadí *efendi*! –exclamó–. ¡Mira lo que dice el sultán de las montañas!

¹ En la saga de Baïbars, los Ismailíes, lejos de constituir una secta herética, como en realidad lo fue (ver la Presentación de *Las infancias de Baïbars*), se presentan como un clan, o una alianza de clanes o tribus, cuyo origen común fue Ismaïl, hijo de Yaafar El-Sâdiq, descendiente de Ali Ibn Abi Tâlîb, primo y yerno del Profeta.

- ¡Ojalá Dios (exaltado sea) le conceda una victoria sobre esos atrevidos! –respondió el cadí con voz grave.

Pero de todo esto hablaremos más adelante; de momento, volvamos al capitán Jamr, que Dios le sea misericordioso.

Tras la marcha del visir Shâhîn, Jamr reunió a todos sus lugartenientes y a sus dos hijos, Ismaïl y Maarûf, y mandó preparar un gran banquete para sus hombres, tras el cual les dirigió este discurso:

- Mis leales, y vosotros, mis primos, y todos vosotros, los que estáis aquí presentes; yo, estamos risuelto y ducidido a partir para Yânisa Dhât El-Qashâtîn, pues el *dawlatli*¹ nuestro sultán me lo ha ordenado. Y si yo parto, pués a saber si volveré; visto que, como se suelé decir: todos terminaremos por marchar con los pies por dilante. Así que, muchachos, si el Señor quiere que yo pasemos a mejor vida allí abajo, pues no pidimos otra cosa que encontrárnosle. Pero mientras y tanto, y entretanto yo somos aún vivo, querría haceros mis últimas ricomendaciones: después de mi muerte, será mi fiel Maarûf el que me sucederá y quedará como jefe en mi lugar. Heredará mis armas, a sabuer: mi coraza, Manto de los Héroes; mi casco y mi *shâkriyyeh*², Diente de Víbora.

- ¡Eh! ¡Pues no te queda tiempo ni nada, todavía, capitán! –le interrumpieron los asistentes– ¡Aún tienes que vivir largo y tendido para hacer rabiar a tus enemigos!

- Muchachos, vosotros sabéis bien cómo marcha el mundo: por muy buena que sea la compañía, un buen día habrá que dejarla.

Ya habíamos dicho que el otro hijo de Jamr, Ismaïl, estaba allí; las palabras de su padre le llenaron de cólera y tristeza, pues él era el primogénito. Jamr, al observarlo, se dio cuenta de los sentimientos que le agitaban, y se esforzó en consolarle.

- Ismaïl, mi leal hijo, no te riconcomas ni te hagas mala sangre. Por la gloria de Dios, cachorro mío, no soy yo el que ha ducidido todo esto; es la última voluntad de tu abuelo antes de pasar a mejor vida. Pero no te ha olvidado en absoluto: fíjate bien en estas hermosas cosas.

Y Jamr sacó de su bolsa un anillo y una placa de metal colgando de un collar.

- Ismaïl –prosiguió Jamr–, estos objetos son más preciosos y tienen más valor y poder que la *shâqriyyeh*. Cada vez que lleves esta placa sobre el pecho, podrás somiter a los líones y a las panteras, y ante ti serán más mansas que los corderos. Y con esti anillo, bastará con que te lo pongas en un dedo y cerrar tu mano, para ricorrer en media hora el equivalente a una jornada de marcha. Pero, de momento, yo me voy a llevar todo esto, las armas y lo demás, para servirme de ello durante mi misión en Yânisa. Sólo de Dios puede venir todo socorro, pero, quién sabe, si me matan allá abajo, vosotros iréis a vingarme, y ricuperaréis todo esto. Y el dinero, lo repartiréis a partes iguales.

- Pero, *jawand* –preguntaron los lugartenientes–, ¿a quién piensas llevar contigo?

¹ En turco-árabe: “rey, soberano”. Es un término propio de los Ismailíes.

² Arma de los guerreros Ismailíes, la *shâkriyyeh* es un tipo de espada larga y pesada, una suerte de espadón.

- A nadie. Iré yo solo; sin otra compañía que Aquel que salva a los creyentes en la hora del mayor peligro. A vosotros, tan solo os pido que siáis testigos de mi última voluntad, y que cuidéis de mis muchachos. Y si, durante mi ausencia, el *jawand* anunciado por la profecía de nuestro antipasado, apareciera y os pidiera ayuda, que ni uno solo de vosotros se quede atrás. ¿Habéis entendido?

- ¡Hemos entendido y somos testigos ante Dios! –respondieron todos a una.

Sin esperar más, el capitán Jamr fue a vestirse para el viaje; se colocó la cota de malla y su armadura, metió en una bolsa el bonete que le había regalado El-Sâleh Ayyûb; se despidió de sus hijos, sus hermanos y lugartenientes, y salió del castillo de Sahyûn.

Sus hijos, niños y niñas, le acompañaron, y cuando estaban ya a más de seis horas de marcha del castillo, Jamr les hizo una señal para que se detuvieran junto a una fuente que había allí, y fue en ese mismo lugar en donde el capitán Jamr se despidió de todos ellos definitivamente.

- Capitán –le dijo entonces su primer lugarteniente, Darrâj el Sordo–, pírmíteme que te acompañe: te serviré durante el viaje.

- ¡Que el buen Dios te bendiga, hijo de Hawlâ! ¡Lo único que te pido es que cuides de mis hijos y de toda la gente de la casa!

Hizo las mismas recomendaciones a sus dos cuñados, Fajr el Caballeroso, y Hasan El-Horâni¹, y siguió camino, el corazón alegre, proclamando la unicidad de Dios, Apoyo de todas las criaturas.

Al llegar a Lattaquieh, se disfrazó de patricio² y se fue a pasar la noche a un albergue. Al día siguiente por la mañana, se levantó temprano, hizo la oración del alba, terminó con las invocaciones sobre Aquel que está al abrigo de toda mancha y pecado; luego bajó hasta la orilla del mar, a la espera de una nave que lo llevara hasta Yânisa.

Recitó la *Fâtiha*, dedicándosela al señor de los profetas, y suplicó a Dios que le concediera Su ayuda, y luego invocó:

- ¡Dónde estás, oh, sultán de los dos mares! ¡oh, salvador de los naufragos! ¡oh, mi señor, sheij Abdallah El-Maghâwiri!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando vio que una barca llegaba desde alta mar, recta como una flecha. La pilotaba un berberisco; un hombre de rostro amable y sonriente y que, no obstante, inspiraba respeto y veneración; estaba

¹ Este personaje ya ha aparecido anteriormente; jefe de los Ismailíes del Horân (al sur de la actual Siria) ha intervenido notablemente para ayudar a Baïbars durante sus enfrentamientos con Sarjawîl, el rey franco de Safad, en la Alta Galilea.

² En la saga, este término describe a un soldado franco; en su origen, se trataba de un alto grado en la jerarquía militar bizantina.

como inundado por una luz sobrenatural, y no dejaba de proclamar la unicidad del Rey todopoderoso, el Creador del día y de la noche¹.

- ¡Sube al barco, hijo, con las bendiciones de Dios! –exclamó cuando la barca llegó al muelle– ¡Y ojalá y que Dios te lleve a buen puerto!

Jamr corrió a besarle las manos, derramando lágrimas de gozo. Se sentía tan modesto e insignificante ante Dios, y tan indigno del favor que le acababa de conceder.

Saltó al barco, el Maestre se puso a las velas, y su esquife a surcar las aguas. A media mañana ya habían llegado a avistar un puerto inmenso –pero la Majestad de Dios es aún mayor–, en el que se agolpaba una multitud de navíos, en tal número, que sólo Dios habría podido contarlos.

- Pues bien, Jamr –le dijo el sheij–, aquí tienes a Yânisa Dhât El-Qashâtn. Ya puedes desembarcar con las bendiciones de Dios.

Jamr dejó el navío y para pasar por el puerto sin que nadie le viera, se sacó de la bolsa una capa de patricio, y se la echó por encima de su armadura, tras lo cual se despidió del sheij Abdallah, que le bendijo y se fue por donde había venido.

**** * * * * *

Próximo relato de “La cabalgada de los Hijos de Isma’íl” ...

13 - “Sólo ante el peligro”

¹ En la saga de Baibars, todo lo que tenga que ver con asuntos del mar, al menos del lado musulmán, es competencia de las “gentes del Magreb”, es decir, de los berberiscos. Y, por tanto, el sheij Abdallah El-Maghâwiri es un berberisco, y evidentemente un Hombre de Dios, con poderes sobrenaturales.